

EL FESTIN

Fernando Palacios/Facultad de Química

A los veintiséis años de edad, Antonio V. se descubrió intensamente poblado de fantasmas. Como en esas paredes de las mezquitas árabes, en donde se descubren de un golpe miles de dibujos, así se vio: tatuado. Esto era en particular visible a ciertas horas de la tarde, justo cuando enrojecían los cristales de la biblioteca y cuando la luz dejaba de ser útil para la mirada, o al anochecer, al salir del restorán universitario hacia los callejones amarillos en donde el Mistral arrinconaba papeles que luego iban tomando formas insolentes, para después seguir manifestándose en el cuarto apenas iluminado y continuar así por largo rato, hasta el momento en que un tardío sueño los volvía todavía más sutiles, apoderándose entonces de su ser completo, de manera que amanecía y él aún se encontraba entregado a la orgía imaginaria, en medio de siluetas que el nuevo sol tampoco ahuyentaba. Debe decirse que esto fue ya casi al final, cuando estaban a punto de venir los médicos. Antes no.

Todavía un año antes Antonio V. era capaz de discutir regular y razonablemente con sus compañeros de piso, en la ciudad estudiantil. Todavía a los veinticinco años acostumbraba leer mucho y asistir a conferencias y conciertos, y hasta a excursiones al aire libre, pero en particular a aquellas sesiones de música que, desde hacía tiempo, constituían su mejor resguardo. Los maestros podían tomarlo por alumno mediano, sus colegas por introvertido, la recamarera por meticuloso, cosa extraña, pero en realidad se trataba de un alma cultivada y podría afirmarse que erudita, que solía sorprender con agudas observaciones y que poseía una extraordinaria dosis de sensibilidad intimidada.

Antonio V., por su parte, se consideraba a sí mismo como un verdadero fracaso: un mamarracho demasiado débil para intentar cualquier proeza y que además carecía —y esto aborrecía como su mayor defecto— de suficiente oído para captar, seguir con precisión o interpretar aquella música con la que tanto se identificaba; desde la flauta hasta el corno inglés, pasando por el clarinete y la viola de gamba, Antonio V. lo intentó todo, para concluir que si en la sección de alientos no tenía el menor porvenir, en cambio para las cuerdas estaba definitivamente incapacitado, debiendo contentarse con acariciar en forma por demás sensual el marfil de todos los pianos que encontraba a su paso. En venganza, la casi totalidad de su asignación mensual, incluso lo destinado a ropa, transporte y gran parte de los alimentos, se vio dilapidada en la adquisición de discos y de boletos para la serie —espantosa— de conciertos que ofrecían los conjuntos internacionales que se presentaban cada invierno en la ciudad, seguramente, pensaba él, de vacaciones y despreciándola, dado lo insulso de los programas, bien ejecutados pero que sólo de cuando en cuando significaban algo memorable. Hay que imaginar la figura de nuestro Antonio, vercosa y desaliñada y que iba adquiriendo una especie de aureola de grasa, enfundado en su suéter desteñido y en sus anchos pantalones de pana, el pelo revuelto y decididamente despreciado por las matronas burguesas con que se tropezaba en su ida a compras.

El hecho es que al iniciarse la última temporada, entre uno y otro violín, de una sección a otra y de un contrabajo a otro empezaron a saltar aquellas viscosidades que escapa-

ban de su imaginación e inundaban el proscenio para desparramarse entre virtuosos e instrumentos. El colmo fue cuando, en medio de una insólita Música para Banquete, producción II, justo en el intervalo del oboe al continuo, en aquel maravilloso Trío, surgió vertiginoso un tumulto de miserias acompañando a Telemann. Fue a partir de ahí cuando todo empezó a tornarse sombrío y cuando empezó a dolerle la cabeza intermitentemente y le sudaron las manos sin parar y todos sus músculos se contrajeron en un ligero temblor frío, primero imperceptible y después claramente detectable en sobresaltos que le sacudían un hombro, un lado de la cara, un párpado.

Hacia esa época todavía se consideraba capaz de abandonar su cuarto y de salir a pasear por las casonas dieciochescas de la ciudad vieja, hasta dar con las rejas del histórico jardín botánico que agonizaba bajo la escasa temperatura o, si le prestaban una bicicleta, se llegaba a la parte sur de la carretera que se dirigía a la playa, para contemplar los troncos carbonizados de los viñedos y las pocas hojas llameantes que quedaban por ahí entreveradas, arrastrándose en un paisaje de desilusión perpetua. Poco tiempo habría de tardar ya para por fin llegar al instante en que tan momentáneas briznas de reposo se tornaran también insoportables, pues de los surcos y vericuetos empezaron a aflorar nuevos animalitos erizados, levantados en dos patas y contoneándose como lagartijas ebrias que le dedicaban sonrisas y ademanes. Tanta pena le causó el espectáculo que Antonio, de repente, suspendió las caminatas, devolvió la bicicleta, y decidió quedarse en su cuarto blanco ante el camastro anaranjado, para ya no salir sino furtivamente por un litro de leche y el pan largo que compartía con los textos de derecho administrativo y las risotadas de su locuaz bestiario. Todavía alcanzaba a recordar aquella primera vez en que al voltear a la ventana sorprendió en su carrera a una especie de insecto que se refugió tras de la lámpara, "una rata", pero que resultó ser una pequeñita mano enguantada que le hacía señas obscenas. Y se acordaba de la sensación viva, aterradora, que se presentó otra vez en el restorán, al cual aún acudía en actitud de súplica y en busca de ayuda y de comida que no estuviera helada: al entregar el boleto, recibir la charola y levantar la vista, la escena que captó fue de hombres y mujeres torturados, de alimañas besuqueándose entre telas transparentes y pupilas luminosas, de sapos flechados y gatitas y salamandras copulando. La duración fue apenas de un segundo pero bastó para que la fila de estudiantes alborotara y de las mesas le arrojaran pan a la cabeza.

Antonio V. tenía conocidos con los que iba en verano a la playa, pero aunque alguna vez les insinuó que algo pasaba, nunca tuvo la audacia para dirigirse a ellos con franqueza y sólo sus ojos abiertos y brillantes parecían querer decirles algo. Que la biblioteca pública se le iba llenando de gnomos nauseabundos y de orejas cortadas. Que la noche se le iba en danzas y volteretas. Que de los confesionarios de las iglesias y de los frontispicios labrados de las casas, que de las almenas de la catedral y de las reproducciones griegas de la entrada a la Universidad escapaban formas que daban en acompañarlo a los mingitorios. La zarabanda se volvió tan ruidosa que en el teatro las butacas se vaciaban a su alrededor y él ya no alcanzaba a escuchar lo que se suponía debería estar oyendo, sino las caracolas marinas y las trompetas de cobre y los negros tambores de sus vistosos acompañantes. Algún piadoso compañero de banco que lo tomaba por borracho le sugirió que se consiguiera

una amante. Antonio V. lo hizo y ya no volvió al dormitorio comunal sino que pasó semanas enteras desnudo en el hotel de Rosalinda. Todo iba bien mientras ella lo atendía, pero enseguida que salía a trabajar se colaban por las rendijas de la puerta las sabandijas arrinconadas en su memoria. Llegó el momento en que Rosalinda advirtió que salía sobrando y pretextó la enfermedad de un familiar en el campo para ausentarse. Antonio no se decidió a seguirla. Con cuidado, la primera noche, tapó cualquier hendidura con sábanas y cojines en la recámara y en el cuarto de baño. Pensaba, ingenuo, que con el escritorio repleto de cigarrillos podría resistir por lo menos la semana que ella dijo necesitaba ausentarse. Pronto se sorprendió participando en el asesinato de una pareja de demonios enredados en sus propios cuernos; en cuanto buscó un zapato para defenderse cayó en la cuenta de la inútil resistencia: las imágenes no entraban por los resquicios sino que salían de las cuencas de sus ojos, le correteaban por los oídos y brincaban por entre sus dientes y hasta los sintió vertirse en chorro de su sexo. A partir de ese momento, Antonio decidió enclaustrarse. Le escribió su adiós a Rosalinda en una carta seca y procedió a encerrarse en su antiguo dormitorio.

Vino entonces el corto periodo de correr por pan y leche en las mañanas, que luego ingería con dificultad mientras consultaba tenazmente los volúmenes que sobre cálculo y derecho mercantil pretendía revisar para el examen. Curiosamente, constató, resguardado en la lectura, que aún podía fijar su atención durante ciertos intervalos, hasta que éstos fueron cada vez más minúsculos, como si por fin hubieran terminado de atraparlo y lo imantaran, vuelto él mismo figura retorcida, altar en torno al cual se organizaba el rito feroz y continuado. Finalmente, ya ni siquiera pretendió abrir un texto: las letras de un capítulo sobre administración de empresas se rompieron de improviso y en el papel corrieron hilillos de sangre navegados por pulgones hambrientos que después se convertían en bandadas de murciélagos cabalgados por doncellas mitad pez y mitad hembra, a su vez cortejadas por una cohorte de bufones vestidos de latón y luciendo enormes falos y anillos de piedras extrañas que relampagueaban en los rincones. Antonio V. no pudo más: guardó con afecto sus mejores discos, puso en un sobre timbrado unas pocas palabras para que Rosalinda supiera qué libros tendría que devolver a la biblioteca, colocó su mejor traje y su única corbata en la valija y cargó con ella y toda la banda, cayendo por las escaleras, rodando por el recibidor, trotando por el empedrado, destrozando cuanto vestigio de vida encontraban en la callejuela, desparramados por la acera y atravesando por fin, sin miramientos, la reja del sanatorio, por fortuna distante del edificio estudiantil apenas unos seiscientos metros.

Sólo que no lo recibieron. Una especie de puercoespín asomado a la mirilla del portón decidió que primero deberían atenderlo a domicilio. Antonio, desorbitado, volvió a recorrer la callejuela, el patio —notó entonces que era ya el mes de abril y que algunas plantas ostentaban un color verde tierno—, la intendencia, la escalera, entró a su cuarto y cerró suavemente, con doble vuelta. La corte estaba instalada y celebró alegre su regreso. Cuando los médicos llegaron tuvieron que romper la cerradura. Antonio V. flotaba en el aire, al compás de una marcha.